

## SANTA EMERENCIANA 2024

Queridos hermanos y hermanas, quisiera comenzar esta homilía compartiendo **tres experiencias recientes**. La primera: estuve conversando con dos jóvenes veinteañeras, muy diferentes entre sí; sin embargo, estaban de acuerdo en una cosa: este mundo es un desastre. Segunda: esta semana, hablando con el director de un colegio de la ciudad me decía: hay mucho pesimismo entre la gente joven; muchos están convencidos de que van a vivir peor que sus padres. Tercera: en el precioso acto del pregón de las fiestas de Teruel del pasado viernes, en el que tanto disfrutamos, se leyeron varios poemas muy bonitos, en uno de ellos se hablaba del amor como “la mentira más hermosa” y en otro se hacía alusión al “fraude atroz que llaman vida”.

Son sólo tres anécdotas, pero a mi juicio muy significativas, pues revelan que este **mundo** –tan desarrollado tecnológicamente– está sin embargo **subdesarrollado en esperanza**. Y cuando una persona o un pueblo anda falto de esperanza, no tiene la motivación y la energía necesarias para mantener sus logros y alcanzar nuevas metas. De hecho, inocular desesperanza es una estrategia muy eficaz de desmovilizar y manipular a un pueblo.

Quizá os estaréis preguntando: ¿qué tienen que ver estas reflexiones sobre la desesperanza con la fiesta de nuestra patrona, Santa Emerenciana? Más de lo que parece, ya que –estoy convencido– que Santa Emerenciana y todos **los mártires cristianos son testigos y fuente de esperanza**, de una esperanza de la que en este momento necesitamos tanto.

Son testigos de esperanza, porque son capaces de sufrir, de poner en juego su fama, de renunciar a beneficios, para ayudar a personas vulnerables, promover altos ideales, anunciar el amor de Dios y construir la fraternidad por Él querida, porque tienen la convicción de que, antes o después, su sacrificio dará frutos de justicia, de solidaridad, de paz, de fraternidad... Son testigos de esperanza

porque **su estilo de vida y sus sacrificios sólo se explican desde la esperanza.**

La capacidad de sufrir –dijo Benedicto XVI– «depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro» (SS 39). Y recientemente el papa Francisco ha escrito: «los mártires en la Iglesia son testigos de la esperanza que deriva de la fe en Cristo e incita a la verdadera caridad. La esperanza mantiene viva la profunda convicción de que el bien es más fuerte que el mal».

Es más, los mártires no sólo tienen la esperanza de que sus gestos de amor y sus sacrificios darán fruto. Tienen, además, la **gran esperanza de que el amor providente de Dios**, que cuida de ellos en cada momento, mucho más que a los pájaros del campo, **es más fuerte que la misma muerte.** Están convencidos de que llegará ese cielo nuevo y esa tierra nueva, en los que –como hemos escuchado en la primera lectura– «Dios enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor». Esta esperanza les impulsa a compartir, a arriesgar incluso su vida.

Santa Emerenciana y todos los mártires, mujeres y hombres, son testigos de esperanza, pero también son **fuentes de esperanza** para otras personas. En este sentido, resulta revelador que el martirio de los primeros mártires de la Iglesia no desanimaba al resto de creyentes, más bien los llenaba de coraje y esperanza. Tanto es así que Tertuliano, en el año 197, acuñó la expresión: «La sangre [de los mártires] es semilla de cristianos».

Hoy, después de tantos siglos, sigue habiendo **personas**, creyentes y no creyentes, **que nos devuelven la esperanza en la humanidad:** jóvenes que dedican sus vacaciones a trabajar en misiones o proyectos solidarios, abuelos que comparten sus pensiones con sus hijos en paro, madres que se desviven por sus hijos incluso cuando menos lo merecen, personas generosas que van más allá de lo que impone su deber, que exponen su buena fama por defender la justicia, que están dispuestas a pasarlo mal en

su compromiso por construir un mundo mejor, que arriesgan su vida por los demás.

Queridos hermanos y hermanas, que esta fiesta en honor a nuestra patrona, Santa Emerenciana, nos impulse a desalojar el pesimismo de nuestra vida, a buscar las fuentes de nuestra esperanza, a llenar nuestros corazones con esa esperanza que nos impulsa a amar más y mejor y a mirar al futuro con confianza. **¿Qué podemos hacer para ser personas más esperanzadas?** Me atrevo a sugerir tres caminos:

Primero. **Abramos los ojos** para descubrir y valorar las “semillas de esperanza” en nuestro mundo. Aun a pesar del ambiente de desesperanza, vivimos en un país de profundas raíces cristianas que sigue siendo muy generoso en el envío de misioneros, en la donación de órganos, en la movilización de voluntariado, en la promoción de la igualdad de las mujeres... Queda mucho por hacer y por purificar, pero también debemos reconocer y celebrar y la obra del Espíritu a nuestro alrededor y en nuestros corazones.

Segundo. **Afrontemos las dificultades y los problemas** que la vida trae consigo. Si estamos huyendo continuamente de todo lo que nos puede suponer sufrimiento y sacrificio, iremos perdiendo poco a poco la esperanza y la capacidad de amar. Sólo cuando afrontamos, las dificultades y los problemas, podemos crecer en resistencia, en resiliencia, en confianza, en esperanza. Así lo transmitió San Pablo a los cristianos de Roma: «nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce constancia, la constancia, virtud probada, la virtud, esperanza».

Tercero. Si queremos crecer en esperanza, **espabilemos el amor**, mediante actos concretos de servicio, **y la fe**, a través del encuentro sereno y amoroso con el Señor. Las tres virtudes –fe, esperanza y amor– van de la mano, siempre unidas; si fortalecemos una, las otras también crecen; y el descuido de una normalmente lo acusan las otras dos.

Llenemos, pues, nuestros corazones con esa esperanza que nos hace capaces de amar y servir más y mejor, incluso cuando parezca que nos perjudica. De este modo también nosotros **podremos ser, como Santa Emerenciana, fuente de esperanza** para quienes la están perdiendo o la han perdido. Amén.